

Philippe Ariès. *Ensayos de la memoria, 1943-1983*. Santafé de Bogotá: Editorial Norma, 1996. 445 páginas.

En el momento de entregar a la imprenta este número del *Anuario* salió al mercado una nueva compilación de ensayos de Philippe Ariès, el historiador de domingo, fallecido en 1984. Organizado, prologado y comentado por Roger Chartier, *Ensayos de la memoria* constituye una pieza primordial para comprender el pensamiento de este notable historiador, y para conocer algunas de sus reflexiones menos divulgadas.

Chartier armó el libro alrededor de cuatro temas, cada uno compuesto por un número diverso de ensayos. El primero, *Una mirada hacia atrás*, inicia con la que seguramente fue su conferencia de apertura al seminario que dictó al ingresar a la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Los cuatro escritos que forman esta sección tienen en común la aproximación a momentos decisivos en la vida de Ariès: recuerdos de Martinica, la Segunda guerra mundial y la muerte de su hermano Jacques, sus años de simpatía en la Sorbona por la derecha de la Acción francesa y su descubrimiento de la Nueva Historia. El segundo, *Raíces*, indaga en dos ensayos la peculiaridad de los regionalismos franceses. Ariès no oculta en ellos su molestia con la nostalgia regional de la tradición historiográfica. Prefiere el norte, a diferencia de los que exaltan la breña, pues piensa que debe buscarse el pasado que se mantiene vigoroso y no el que desaparece. El lenguaje utilizado por Ariès aquí no deja dudas de su familiaridad con Bloch, Boutruche y Halbwachs. *Comprender el presente*, el tercer apartado, está conformado por siete escritos publicados entre 1954 y 1982, que enseñan la intensa preocupación de Ariès por los hechos contemporáneos. Acá se interesa por el aumento del suicidio, y más por el crecimiento del intento de suicidio; la displicencia de la sociedad contemporánea hacia el minusválido y su reprochable marginamiento; el desamparo del niño en las ciudades modernas con sus autopistas y avenidas; la desaparición de las sociabilidades urbanas que integraban a los ancianos. Ariès estudia estos fenómenos en la larga duración, marcando las rupturas más significativas, apelando al dato histórico y a su memoria. El cuarto apartado, *Genealogía de lo privado*, está integrado por ensayos que cubren el itinerario que lo llevó de La Historia de la Población francesa, su tesis de grado, a la Historia de la infancia y a la Historia de la vida privada. Estos escritos tienen en su centro la reflexión sobre aquellos hechos que considera como “impensables”, las prácticas anticonceptivas, la consolidación de la familia como una relación de sentimiento y afectividad, y, argumento clave de toda su obra, la afirmación de lo privado, personal y familiar, observables en el ritual de la escritura íntima y la desaparición del servicio doméstico.

Este libro descubre cómo Ariès recordaba con humor y tristeza el recorrido marginal que le tocó vivir en el medio académico francés: “Ellos (los herederos de Bloch y de Febvre) siguieron el camino real de los hijos legítimos. El pequeño bastardo siguió el camino propio, un camino de tierra, casi un sendero. Pero el sendero poco a poco se extendió y, al final, parecía que los dos itinerarios eran, mi Dios, vecinos”. La obra de Ariès tardó mucho en ser reconocida, incluso después de la aparición, en 1960, de *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. La crisis argelina lo alejó de la política y de su colaboración con los periódicos de la derecha nacionalista. Fue cuando dedicó todo el tiempo que le dejaba su empleo en el instituto sobre frutos y cítricos tropicales, a la redacción de su gran obra *El hombre ante la muerte*, publicada en 1977. Momento en el que Ariès recibió (a los 64 años) el único reconocimiento universitario de su vida: fue nombrado director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, con un programa titulado “Las actitudes frente a la vida y la muerte”.

Estos ensayos de Ariès, afirmados en la larga duración, apuntan a comprender mejor el presente, nuestro presente, este momento en el que se desdibujan las prácticas antiguas y en el cual, sin que lo sepamos, los nuevos gestos y los nuevos sentimientos se tornan obligados. Chartier, en recientes declaraciones al periódico *Clarín* de Buenos Aires, definió al maestro como un hombre de sorprendentes paradojas: “su cultura clásicamente humanista; su familia política, la derecha tradicionalista; su fe, la de un catolicismo que no toleraba las innovaciones litúrgicas y teológicas. Sin embargo, este hombre sabía ser amigo de quienes, incluso, nunca deberían haberlo amado. Su curiosidad abierta y pasional, nunca se preocupó por las autoridades establecidas, a las que zamarreó alegremente. No hay historiador más irrespetuoso e inventivo que este hombre de raíces tan profundas”.

Pablo Rodríguez

Departamento de Historia

Universidad Nacional de Colombia